

Lo que dice Macron

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Suele ser habitual que, poco antes de comenzar el curso político, el presidente de la República Francesa reúna a sus embajadores para anunciarles las líneas maestras de su política exterior. Es un acto que normalmente suele pasar bastante desapercibido a nivel internacional, si bien en esta ocasión ha tenido una relevancia particular. De hecho, la reunión mantenida el pasado 27 de agosto en París ha gozado de una cierta repercusión. Por un lado, porque el carisma de Emmanuel Macron es sensiblemente superior al de su antecesor, François Hollande. Por otro, por las propias palabras pronunciadas. En un momento de horas bajas del mandatario galo en política interior, está claro que está echando el resto en política exterior. Coincidiendo con un Donald Trump desacreditado y una Ángela Merkel que parece haber perdido fuelle, debido a las serias contrariedades creadas fundamentalmente por el flujo migratorio, Macron ve la oportunidad de convertirse en un auténtico líder mundial, al menos en el seno de la UE. Especialmente, con unas elecciones europeas a la vista. De ahí que buena parte de su discurso lo dedicara precisamente al proyecto comunitario, insistiendo en la necesidad de su reforzamiento, en un momento de zozobra como consecuencia del Brexit y del ascenso de los partidos eurófobos, y de ampliar la solidaridad en materia de seguridad, cuando Estados Unidos no resulta ya un socio fiable. Teniendo en cuenta las líneas de actuación de la Administración Trump, este tema debe ser asumido poco a poco por los europeos.

Pero el alegato de Macron tuvo otros elementos que pretendo analizar ahora en profundidad. Me estoy refiriendo esencialmente a los párrafos dedicados al Próximo Oriente, una región estrechamente vinculada a Francia desde hace tiempo. A este respecto, el inquilino del Elíseo se centró, sobre todo, en la guerra de Siria, que comenzó en la primavera de 2011. En concreto, calificó de “error funesto” un escenario postbélico en el que Basar al-Asad pudiese seguir ostentando el poder. Es verdad que el objetivo prioritario es terminar con el Estado Islámico y con el resto de bandas yihadistas, cuyas bases territoriales están muy mermadas. Mezclados con los opositores, aquellas han quedado reducidas a la provincia de Idlib, donde la contienda se ha recrudecido de la mano de una ofensiva generalizada del régimen para tratar de controlar la zona, tal como ha ido haciendo con Aleppo, al-Raqa o Guta oriental, por ejemplo. La ayuda de Rusia, Irán y las milicias de Hezbolá han sido de vital importancia. De suerte que, mientras en el plano militar, soplan vientos a favor del gobierno de Damasco, en el de las conversaciones, tanto la mesa de Ginebra, auspiciada por la ONU, como la de Astaná, propuesta por Moscú, los logros son prácticamente nulos. En buena medida, esa oposición fragmentada, y a menudo poco representativa, al exigir que al-Asad se vaya, no permite avanzar en una solución política del conflicto.

Macron ha hablado de presionar al régimen y a sus aliados, resaltando el papel que pueden jugar Rusia y Turquía. Está claro que el Kremlin no puede quedar fuera de toda negociación, ya que constituye un actor principal en el desarrollo de la crisis siria. Así, su decidida implicación en la misma ha supuesto un factor determinante para el triunfo de al-Asad. Sin embargo, y aquí no le falta razón al dirigente francés, la actuación de Moscú debe ser clave en el nuevo orden global, no limitándose únicamente a cuestiones puntuales como ésta de Siria o Ucrania, Armenia-Azerbaiyán o las relaciones con las naciones de la Europa Oriental. Es decir, que Francia está reconociendo el rol que debe jugar Rusia en el nuevo tablero mundial, algo que trató de

negar Barack Obama relegándola a simple potencia regional. Evidentemente, fue un intento en vano, como se ha podido ver en tiempos de Vladímir Putin.

No obstante, al hablar de Siria, Emmanuel Macron tampoco ha aportado ningún remedio, salvo su preferencia de no ver a al-Asad en el gobierno tras la finalización la conflagración. Aunque es relevante su afirmación de que su abandono no es una condición sine qua non para impulsar el diálogo, de manera que debe ser la ciudadanía siria la que decida. Resumiendo, que Francia, como el resto de la Unión Europea, delega en los grandes agentes de la zona, Rusia, Turquía e Irán, el futuro de la república árabe. Porque está claro que el peso de EEUU y de la UE en la conclusión de este affaire es cada vez menor. En consecuencia, a pesar de los fuertes intereses de los países europeos en ese área, la escasa capacidad de influencia manifestada a lo largo de todos estos años hace que sean otros estados los que estén llamados a buscar una posible resolución que, hoy por hoy, se antoja muy difícil y que parece perpetuar a Bashar al-Asad, que es básicamente lo que desea el Kremlin. Al menos en una primera fase de transición que permita el regreso de los desplazados y el comienzo de la reconstrucción de viviendas e infraestructuras. Quizás, y esto es algo no señalado por Macron, el proceder de Francia en particular y de la UE en su conjunto debería ser de acompañamiento en todo este devenir y de alianza con Rusia para tratar de buscar la mejor salida posible. Al fin al cabo, algunos problemas derivados de la situación en Siria (migratorio, sobre todo) nos afectan directamente.

30 de agosto de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, “El alegato de Macron”, 2 de septiembre de 2019, p. 29